

Cautivas y libertarias



Javier Domínguez
Ingeniero de Telecomunicación

Todas son descendientes del físico James C. Maxwell (1831-1879), si bien en su desarrollo genealógico se aprecian comportamientos muy diferentes. Me refiero a las aplicaciones de las ondas electromagnéticas en el ámbito de las telecomunicaciones. Unas fueron siempre muy disciplinadas y nunca desbordaron el cauce de los cables que las guían; como contrapartida, su progreso ha sido tan vigoroso que crecieron hasta los niveles ópticos. Otras, por el contrario, prefirieron disfrutar de la máxima libertad y, en complicidad con la atmósfera, invaden todos los espacios, aunque para ello tengan que viajar ligeras de equipaje; junto con los radioaficionados fueron pioneras en eso de las redes sociales a escala planetaria.

Con el tiempo, ha surgido la competencia entre ellas para convertirse en la preferida de las telecomunicaciones. Las dóciles presumen de sus éxitos allí donde se valora la cantidad asociada a la calidad y los efectos especiales; los usuarios procuran su conexión para disfrutar de las mayores velo-

cidades digitales. Las libertarias contraatacan alardeando de su omnipresencia radioeléctrica con contenidos cada vez más atractivos, y se vanaglorian de que sus frecuencias se consideran un bien de dominio público.

Si curioseamos en la batalla mediática, la parentela radioeléctrica se siente ganadora por el debate sobre las políticas en materia de espectro y por la voracidad de las haciendas públicas, que han encontrado en éste una lucrativa fuente de financiación. Mientras, la estirpe cableada amaga con el anuncio de la reconquista del hogar mediante la fibra óptica, sin que sus valedores se decidan a ejecutar los pronósticos.

Desde su segura cautividad, las dóciles ironizan al ver cómo los usuarios de las libertarias conviven con los fumadores fuera de los espacios cerrados, debido a los límites de emisiones que imponen algunos municipios y que merman considerablemente la calidad de las comunicaciones móviles en el interior de los edificios.

La familia radioeléctrica, desanimada por el perjuicio que le producen estos obstáculos, contempla expectante las medidas que propugnan un modelo flexible para la gestión de su espectro de frecuencias, inspirado en la neutralidad tecnológica y de servicios, y en criterios de mercado con la posibilidad de reventa. Observa cómo se parcelan las bandas y se licitan a modo de plan de reordenación urbanística. La rama familiar más radical (aquellas que defienden una ampliación de las bandas de "uso común" sin necesidad de licencia) se muestra escéptica con la propuesta, ya que duda de que llegue a existir oferta y demanda para activar el mercado secundario y advierte del riesgo de humo y burbujas.

En todo caso, la mayoría de las libertarias asume que se inicia una nueva etapa que les permitirá mejorar su competitividad frente a las cautivas, y se pregunta por la efectiva constitución de la Agencia Estatal de Radiocomunicaciones, creada por una ley allá en el 2003. Por ahora, "ni está ni se le espera". ☹